



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XLII

Zaragoza, 1 de marzo de 1940

N.º 939

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle Mayor, 6, 2.º dcha.
Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1.
Almacenes del Portillo

SALUDO A FRANCO ¡¡ARRIBA ESPAÑA!!

nuestro apego a lo terreno...
nuestra falta de sacrificio,
de caridad,
de oración...
Estamos disgustados de nosotros mismos

Vemos también nuestra conducta exterior... que también ven los demás con disgusto.

No nos satisface.
Llevamos a rastras nuestra vida.
Queríamos ser de otro modo.
Sobre todo, en los ratos de sosiego espiritual que el Señor nos concede, queríamos ser mejores, indudablemente, y hasta lo prometemos.

Sin embargo volvemos a la rutina vulgar, para volver a lamentar nuestra debilidad y cobardía.

Sí; somos débiles; somos cobardes...
Nos falta fortaleza en los momentos críticos cuando precisamente la necesitamos.

Y así ¿cuánto tiempo llevamos?
¿Toda la vida?
¿Y hemos de seguir?

En esta España nueva, en esta España grande, tan grande por tantos títulos, cabe que siga, como antes vieja en lo mejor,
en las almas,
en las costumbres?
Después de las hazañas de heroísmo,
en todas partes,
en todo momento,
en toda la guerra,

después de esta cruzada,
después de tantas privaciones, de tanto sufrimiento en la comida, en el vestido, en el dormir, en la disciplina insuperable, en ardor indomable, en la religiosidad...

Después de todo esto, otra vez el hombre, vulgar y raquítico de la época pasada...?

Estamos en una nueva era para España y para la Humanidad.

Se ha vencido al marxismo y al materialismo y la animalidad. La vida y el mundo son del espíritu y por tanto del amor cristiano, del sacrificio y de la Religión que lo alienta y sostiene.

La Iglesia nos enseña el sacrificio, nos manda la penitencia y nos empuja a la reforma y elevación de nuestra vida.

Nos enseña y nos dá también los medios.

Nos invita a la oración que nos pone en contacto con Dios, con la Fuente infinita, inagotable de energía, que nos dá el vigor y la resistencia en el deber penoso, y la prontitud leal de la obediencia disciplinada y la humildad gozosa y la mirada confiada a las lejanías celestiales del futuro...

Nos enseña y ordena la penitencia que quita la resistencia del pecado y doma el cuerpo y da agilidad a nuestro ser y transforma el alma y la llena de luz y de alegría.

LA REFORMA

Una de las cosas más evidentes para todos es nuestra propia miseria.

Vemos claro en el fondo de nuestra alma lo que los demás no pueden penetrar.

Nuestras inclinaciones torcidas y viciadas,
nuestros anhelos,
nuestras pasiones,
nuestras envidias,
nuestras llagas,
nuestra fe tan pobre,

Un ejemplar, 2 ptas. al año; cinco ejemplares, 5 ptas.

La España nueva ha de ser una España buena, una España en que nosotros seamos buenos.

Es preciso orar, y orar más; por la mañana y por la noche; oír bien y a gusto la Santa Misa, acudir con afán a los sermones, a la enseñanza religiosa; leer, estudiar, debemos decir, la Religión, tener periódicos buenos, contribuir a los gastos del culto y al

sostenimiento decoroso de los sacerdotes, cumplir a fondo los deberes profesionales, querer y venerar al Papa, al Obispo y al Párroco, vivir la fe de Jesucristo.

Restablecer todas las cosas en Cristo, como dijo Pío X: tomándolo de San Pablo. Esa es la reforma.

TOMAS.

Y el Verbo se hizo carne

No hay en el pueblo
casa más linda
que la que habitan
José y María;

Y sin embargo,
en la apariencia,
no se distingue
de otra cualquiera.

Pero Dios tiene
sus ojos puestos
en la casita
de sus anhelos.

Y envía a un ángel
cual mensajero
y que a María
le anuncie al Verbo.

Parte al instante;
ya tiende el vuelo,
llega a la Tierra;
ya toca el suelo.

¡Esa es la casa!
queda suspenso.
¡Esa es María!
nada hay tan bello.

Penetra el ángel
con emoción
y llena todo
de resplandor.

Al ver María
luz tan extraña
toda se turba
y se anonada.

“¡Ave, María,
llena de gracia!”
le dice el ángel
al saludarla.

“Nada te turbe,
Dios es contigo;
Dios te ha mirado
muy complacido;

Quiere que el Verbo
sea tu Hijo”.

¿Cómo es posible?
—María ha dicho—

ser siempre Virgen
he prometido.
Y añade el ángel:
El Santo Espíritu

vendrá a tu alma
y serás Virgen,
Madre de Dios.
María dice

Con tono humilde:
“Yo soy su esclava:
¡Hágase en mí
esa palabra!”

El Verbo baja;
Dios se hace hombre;
María es Madre;
Se salva el orbe.

MARIANO.



TRIBUNAL BARATO

Macario: —¡A callar, si no va tol mundo a la calle! Los críos todos a fuera! ¿Sus paice ques esto un cine?

Un chico: —¡Déjenos entrar, Señor Macario, que hoy nos contará el Señor Mago el cuento de “los golondrinos”!

Macario: —Yo que si que sus voy a contar un cuento con esta vara si no

arreas de ahí a más de a paso.

Una mujer: —Este es mi chico y no hace nada la criatura, questá común ángel.

Macario: —¡A callar hi dicho! ¡Tú mocoso, a ver si estas quieto!

El chico: —Es que mementan.

Otro: —Que si ha colau, qui ha venido ahora y es el ultimo.

Una mujer: —Este crío a la cola.

El crío: —Estoy antes que usted.

La mujer: —Calla, argellau, tísico...

El crío: —Vamos a ser como usted que paice un colchón atau pol medio.

La mujer: —Calla descarau, sinvergüenza.

Macario: —¡Hi dicho qui a callar! No tienen respeto a la casa y a este Tribunal. ¿Pa qué vienen aquí? Pa prender, claro, que güena falta les hace; pero mal empleau tiempo que gasta el Señor Mago con vusotros; veste con tanta retólita a los burros u a los cafres, es igual; güen garrotazo y na más, y van mais drechos qui una vela, y sin tener qui hablar. Ahora hubiá querido que sus hubiá sintido el Señor Mago esas lenguas...

—¡Macario!

—¡Síñor!

—¿Qué pasa, que se oye tanto barullo?

—La gentuza esa que no se les pué sujetar y cada insulto y cada palabrota que se dicen... Y es que son rojos, de los piores de denantes, que yó los mandaría afusilar a todos y callarian y nos dejarían en paz. ¡Ya les pué usted pedricar, ya!

—Tú siempre tan exagerado. Diles que entren.

Macario: —¡En fila y aspacico y con modos!

Sr. Mago: —¡Sentaos!

Un hombre: —Tenga usted mu güenos días, Señor Mago, que aún no l'himos dicho nada.

Sr. Mago: —Muy buenos días nos de Dios a todos. ¿Qué se os ofrece?

Una mujer: —¡Qui hable Celipe, res más espabilau!

Una chica: —¡Que nos cuente el cuento de los golondrinos!

La mujer: —¡Cállate, descarada, las chicas no hablan!

La chica: —¡Yo quiero que lo cuente!

El tío Celipe: —Yo no se lo quería dir porque, como es usted tan estuto i dicho ¡a que ha caído ya su meré! pero, amos, ya lo ha dicho también la chica. Venimos to los años; nasiau que nos conoce ya de to la vida y ahura con la vitoria y con el cintinario mucho mejor pa venir. Don que su mercé dirá, que ya sabe que nos gustan mucho los cuentos y en el pueblo a todos les gustan mucho. Palso a mí Gosefica, que s'ha quedau llorando “¡que quió ir yo también!”, y cuando vino el año pasau se le caía la baba y salcuerta de todo, de Judas, de Barrabás, de los ceviles; no hi visto cosa igual: y del Señor Macario, ¡oh lo que salcuerta; senkana de risa, cuando salcuerta...

Macario: —¿Qui ha dicho uste?

Sr. Mago: —¡Basta! voy a daros gusto, pero habéis de estar muy quietos, muy callados y muy atentos, que antes de entrar habéis estado poco formales.

¡Atención, suscriptores! La Administración de El Eco de la Cruz se

Pues señor... Esto que os voy a contar pasó hace muchos años.

Era al caer de la tarde cuando los pájaros se retiran a sus nidos en medio de un guirigay enorme, en que las golondrinas cuentan a las golondrinas que están en el nido lo que les ha pasado durante el día y charlan y rien un rato hasta que viene el sueño. Había en el alero de un tejado unas golondrinas en esa charla muy animadas y llegó la noche y todo fué callando y vino el sueño general; pero éstas siguieron su conversación como si tal cosa.

Uno de ellos muy educado, dió las buenas noches a su vecino y luego le dijo: "¿Qué, ya te vas acostumbrando a este país?" ¡Bah! contestó el otro: Nosotras, ya lo sabes, somos habitantes de toda la Tierra, el sol, los ríos, los árboles, son nuestra vida; anidamos en cualquier tejado. Y nosotros, en cualquier árbol, dijo un gorrión desde un árbol próximo que rozaba la pared; y buenas noches tengáis, amables vecinos, que no os había saludado.

—¡Dejaos de cumplidos! nosotros no somos como los hombres.

—Vergüenza nos daría, replicó otro.

—La verdad es que los hombres son muy orgullosos y tienen bien poco motivo. Van por el suelo como unos miserables sin poder alzarse; son zompas, pesados ¡que antipáticos! ¡qué diferencia lo que corre un galgo!

—¿Y el caballo?—añadió otro.

—Cualquier animal les gana, dijo otro. Y tenemos mejor vista y oído y olfato. Y sobre todo tenemos alas. ¡Qué hermosura ir por encima de las nubes por toda la anchura de los cielos! Ellos nos tienen una envidia que no lo pueden remediar.

Otro: —Y nos persiguen. Pero con las alas ya no hay sagitario, ni fundibulario que nos alcance.

—Y ellos también se persiguen en guerras horribles y en el circo. Son unas fieras.

—¡Qué has dicho!

—¡Ay! ¡Son unos hombres! que es lo más que se puede decir, si no decimos que son unos demonios.

—Aquí mismo, en Cesaraugusta, se ven las cosas más horribles, como en Roma y en todas partes. No sé cómo Dios los aguantaj. ¡

—En ninguna parte ha pasado lo que ocurrió en mi país, es decir en el de mis antepasados.

—¡Cuéntalo, cuéntalo!

—Mis antepasados vivían en Oriente, un país que mana leche y miel, como decían los profetas de Israel. Parecía aquello el paraíso terrenal. Ríos con riberas hermosísimas, montañas soberbias, lagos, fuentes y una vegetación exuberante debajo de un cielo siempre azul y cerca del mar. Los hombres, como siempre, estaban divididos y habían pasado su historia en guerras de exterminio. Había en-

tre ellos hombres buenos, sobre todo un grupo que iba siempre reunido; iban doce y uno que era el Jefe y le llamaban Jesús. ¡Qué dulzura la suya! Amaba a los hombres con delirio y a nosotros también.

Un gorrión: —¡Qué cosa más rara en un hombre!

—¡Era el Hijo de Dios!

(Todos los pájaros hicieron una reverencia profunda).

El gorrión: —¡Era un Hombre Dios! eso es otra cosa.

—Hacía muchos milagros, curaba a los enfermos, resucitaba a los muertos, daba de comer a las muchedumbres y sobre todo echaba a los demonios del cuerpo y perdonaba los pecados y prometía la gloria eterna.

Las gentes sencillas y los pecadores le seguían enloquecidos de entusiasmo y le adoraban con todo su corazón. Os digo que mis abuelos nos aseguraban que ver a Jesús era la mayor felicidad y que llegaron a creer que empezaba una humanidad nueva y hasta sintieron simpatía por aquellos nuevos hombres. Pero eran hombres.

—¡Claro!—gorgearon todos.

—Uno de los doce, que se llamaba Judas, le hizo traición. Los dirigentes, los sacerdotes, llenos de envidia, en vez de convertirse, decidieron matarlo.

(Todos los pájaros lanzaron un grito estridente de horror y gritaron: ¡Hombres, hombres, al fin!).

—Un día se presentó a ellos Judas y se ofreció a entregárseles por treinta siclos. Jesús seguía amando aún más a los hombres; quería convertirlos y salvarlos. Una noche los reunió en el Cenáculo (mi abuelo lo vió todo esto por la ventana), celebró la Pascua y convirtió el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre y ¡se les dió a comer!

(—Dios mío...! exclamaron los oyentes).

—Pues bien, aquella noche fué Judas con gente armada a prenderlo al Huerto donde estaba en oración; lo llevaron preso, lo azotaron, lo coronaron de espinas y luego lo sacaron al Monte Calvario y lo clavaron en la Cruz en medio de dos ladrones.

—¡Qué horrible! gritaron espantados.

—¡Hombres! son hombres, chirriaba el gorrión.

—¿Y qué paso?—preguntó asustada una golondrina.

—¿Para qué más? El sol desapareció y se hizo la noche, la noche eterna, sin luz, sin Jesús...; la Tierra temblaba en un terremoto continuo y se habría a pedazos... Judas se ahorcó... Mis abuelos, horrorizados, huyeron llenos de espanto al cielo y estuvieron volando alejándose de la Tierra hasta que les faltaba la respiración y llegaron al fin del mundo y siguieron volando para ir a otro

mundo, pero se sentían morir y tuvieron que volver a tierra bien lejos de aquel país desaparecido, como el paraíso terrenal.

—No ha desaparecido—replicó un golondrino. Tú eres forastero y conoces aún poco lo de por aquí. ¿Véis ahí ese grupo de hombres?

—¡Los doce de Oriente! pió exaltado.

—No, no son doce, fíjate. Ese es Jacob, uno de los apóstoles de Jesús y viene aquí, a esta arboleda a orar todas las noches y me gusta lo que habla con sus discípulos. ¡Qué hombre tan extraordinario! Es para amar a los hombres! Cuenta lo que tú nos has dicho; pero tus abuelos escaparon y ya no vieron más. Jesús resucitó al tercer día y luego subió a los cielos y los apóstoles van por el mundo predicando el evangelio. Si vosotros le oyeráis quedaríais encantados. ¡Cómo ama a los hombres! querría morir por ellos. Y son pocos los que le siguen; por eso pide tanto al Señor.

—¡Mira, mira! Ya viene la aurora. Hemos trasnochado mucho intriguados con las cosas de los hombres.

—Si no puede ser...

La luz iba creciendo por el Oriente y venían millares de pájaros en una algarabía de felicidad desbordada. ¿De dónde venís tan temprano, pues ahora sale la aurora? —La Aurora la traemos nosotros, respondieron gozosos, y venimos de escolta todos los pájaros de Oriente. De pronto se vió un grupo celestial: la Virgen María sentada sobre las nubes y rodeada de millares de ángeles que cantaban himnos de gloria. Jacob cayó de rodillas con sus discípulos. La Virgen se acercó y le dijo: "Hijo mío, Santiago, he aquí el sitio designado y deputado a mi honor para que por tu industria se construya un templo en mi memoria". No pudimos oír más ni ver más por el tropel de ángeles que había por todos los sitios y nos tapaban la vista. La Virgen volvió a elevarse en la nube y desapareció con los ángeles y los pájaros y la luz, quedando todo en las sombras y en el silencio.

Los de Cesaraugusta no se habían enterado de nada. Santiago daba gracias al Señor lleno de felicidad.

Un chico: —¿Ya se ha rematau?

Una chica: —¿Y qué pasó dempués?

Sr. Mago: —Que Santiago hizo la Iglesia, que ahora es la iglesia hermosísima del Pilar y que por eso celebramos este año el Centenario de la XIX Venida de la Santísima Virgen en carne mortal a Zaragoza.

EL MAGO.

T. E. EL NOVIERO.—Zaragoza.

se ha trasladado a la calle Mayor, núm. 6, segundo derecha

Olor de Cristo

LA ACCION SOCIAL

En casa de don Juan celebraban sus reuniones varias clases de juntas de carácter espiritual. Una de ellas integrada por sacerdotes y seminaristas y seglares escogidos empezó a tratar asuntos sociales y en "Luz y Sombra" se publicaba una sección social, "De re sociológica", por don Francisco Ros que se firmaba "Ferrete", la cual llamó la atención de los estudiosos.

Fué entonces cuando se fundó la "Caja de la Inmaculada", que ahora, ya millonaria, se prepara ha inaugurado su nueva instalación en la casa reformada y de su propiedad. El reglamento lo hizo don Blas Urzola en los ratos de solaz de su veraneo.

Poco después vino de Francia y Bélgica, de sus estudios pensionados, don Inocencio Jiménez, con un bagaje social enorme y un entusiasmo soñador, deseoso de transformar esta pobre tierra suya en un vergel social belga. Cayó en casa de don Juan y vió con algo de asombro un embrión de círculo de estudios con masa numerosa, selecta, bien preparada y de una piedad sólida que inspiraba confianza. Todos sentían las miserias de las clases humildes y querían llevar a la realidad las doctrinas del Papa León XIII; por eso cuando Inocencio Jiménez contaba las maravillas que la organización social hacía en Bélgica, le escuchábamos embobados, como si hablase de un país de ensueño y queríamos copiar todos los prodigios de aquel país venturoso. Las dos conferencias que dió sobre las organizaciones católico-sociales de Bélgica, parecieron una revelación y despertaron admiración hacia esa nación hermana y le rodearon a él de un prestigio bien merecido.

La Acción Social cobró nuevo impulso y se pensó en una Asamblea para difundir a los cuatro vientos las nuevas ideas y planear la organización diocesana. El atractivo y Maestro de aquella Asamblea memorable y fecunda fué el P. Antonio Vicent que—después de haber asistido al fracaso de los Círculos Católicos traídos de Francia y divulgados por él en España—recorría de nuevo la patria, con ardor incansable, propagando los Sindicatos agrícolas, que habían de transformar la organización social y económica sobre las bases cristianas. De allí salió el empuje para la fundación de los Sindicatos agrícolas y allí nació la benemérita revista "La Paz Social" que dirigió Inocencio Jiménez, admirablemente hecha, de excelente contenido y presentación. La Revista era órgano de información y laboratorio de libros manuales y folletos de todas clases que abastecían las necesidades sociales crecientes.

Aquello era una fiebre de renovación y de organización. Lo veíamos como una nueva era. Los que vivimos aquel movimiento lo recordamos entre lo más feliz de nuestra vida. Veíamos la sociedad de un modo nuevo; como un cristianismo más profundo y penetrante; la acción social era una fase, la más completa del cristianismo, era el cristianismo integral que surgía arrollador e inflamado, transformando al mundo por la caridad. Parecía aquella como una nueva revelación; lo pasado era el mundo del individualismo, la sociedad que había forjado el liberalismo, mejor dicho, que había deshecho el liberalismo y el egoísmo. Los dirigentes de toda esa acción eran hombres extraordinarios y los venerábamos como si en ellos hubiese algo mesiánico.

El trabajo era intenso en todos los órdenes y a la par que se fundaban los sindicatos y cundía el nuevo espíritu por los pueblos con un proselitismo que asombraba a las gentes ante aquel espectáculo de generosidad y apostolado; funcionaba la Acción Social, se multiplicaban las obras sociales, las reuniones y juntas, los círculos de estudios; y se aumentaba e infiltraba la piedad intensa, el amor a la Comunión, que hacía sentirse un ambiente sobrenatural.

D. Juan era el alma de todo ese movimiento. Su presencia, con su semblante ingenuo y bondadoso, elevaba y sostenía el ambiente y a su lado se sentía la seguridad en la marcha, porque su virtud era la garantía de su lealtad y de su acierto, y el alma se abandonaba confiada a las intuiciones de su fe. Su optimismo, fundado siempre en la benevolencia y omnipotencia de Dios, no amenguaba nunca. Se veía siempre en la obra de Dios, por la rectitud de intención con que procedía, y estaba seguro de la llegada de la ayuda o acción divina. Y así era. El lo celebraba con su sonrisa triunfadora y contagiosa. Todos nos sentíamos animados del mismo optimismo que se infundía en todas las obras.

Juan DE LA CRUZ.

PALABRAS DEL PAPA

"Cuando se reniega de Dios, se siente sacudida toda base de moralidad, se ahoga, o al menos se apaga notablemente, la voz de la naturaleza que enseña, aun a los ignorantes y a las tribus no civilizadas, lo que es bueno o malo, lícito o ilícito, y hace sentir la responsabilidad de las propias acciones ante un Juez supremo".

(Pío XII en su Encíclica "Summi pontificatus...").

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERA, PUES, MAS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que nuestros lectores esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los

SUSCRITORES QUE ATENDIENDO NUESTRO DESEO, NOS HAN ENVIADO EL PAGO DE SU SUSCRIPCION CON SOBRE PRECIO:

Reverenda Superiora del Colegio del Pilar, Zaragoza.

—Don Alejandro de Ajuria, Bilbao.

—Doña Antonia Gaces de Bueno, Ariza.

—Señorita Angelita Aragón, Viana

—Superiora de Hijas de la Cari-

—Doña Pilar Calatayud, Barcelona.

—Superiora del Asilo de San Jerónimo, Estella.

—Don Gabriel Valero, Zaragoza.

—Doña Ursicira Molis, Zaragoza.

—Doña Concepción Campos, Juslibol.

—Doña María Cerdán, Almonacid de la Sierra.

—Sor Delfina Elorza, Avila.

—Don Santiago Vicente, Zaragoza.

—Don Francisco Zurita, La Iglesia del Cid.

—Don Florencio Gubias, Palma de Mallorca.

—Don Ramón de Miguel, Arrocer.

—Superiora de las Siervas de María, Granada.

—Doña Vicenta Iriarte, Pamplona.

—Don Santos Saur, Córdoba.

—Superiora del Hospital de San Juan de Dios, Madrid.

—Doña Carolina Revilla, Burgos.

—Reverendo don Manuel Tejero, Párroco de Cintruénigo.

—Don Juan Checa, Sagides.

—Doña Antonia Conesa, Mainar.

—Doña Carmen Campoamor, La Coruña.

—Superiora de las Hermanas de Santa Ana, Fitero.

—Don Alfonso Fernández, Manzanares.

—Doña Victorina Adrados, Burgos.

—Doña Francisca Ayllón, Soria.

—Don Isidro Martínez, La Muela.

—Doña Vicenta Corella, Torrelacárcel.

—Doña Carolina Nogales, Montánchez.

Para las Parroquias, Círculos, Patronatos, Colegios, Fábricas, es "El Eco de la Cruz" un periódico de propaganda social y religiosa sana popular